

La ecología política de las imágenes: culturas de la energía y ecologías descoloniales

Belén Romero

Universidad Miguel Hernández / belen.romero.caballero@gmail.com

Jaime Vindel

Instituto de Historia (CSIC) / jaime.vindel@cchs.csic.es

La relación entre las prácticas artísticas/ culturales y la ecología no es una novedad en términos históricos. Si echamos la vista atrás, la pintura de paisaje ha sido una de las principales contribuciones de la historia del arte contemporáneo a la conformación de una determinada subjetividad en la experiencia estética que hacemos del mundo. El paisaje se ha movido en la ambivalencia ideológica entre servir de pantalla estética a los procesos de expropiación de los comunes rurales (disociando pintorescamente la actividad contemplativa del burgués de la actividad práctica del campesino) y el rescate romántico de una sensibilidad perdida (e idealizada), aquella que conectaba al ser humano con los ritmos del conjunto de la naturaleza y se oponía a la tiranía del progreso industrial y la mercantilización de lo existente. Más cerca de nosotras, las propuestas del *land art*, el arte medioambiental o el arte ecologista han redefinido ese vínculo con la naturaleza en unos términos que van más allá de la representación (aunque inmediatamente habría que decir que las representaciones de la naturaleza *siempre* se constituyeron como dispositivos culturales de la mirada, y no tanto como imágenes fidedignas de la realidad), promoviendo la intervención física, corporal o simbólica, en un sentido agresivo o restaurador, en el medio natural.¹

Sin embargo, ese tipo de aproximaciones a la naturaleza se ven redefinidas en el presente por el contexto de la crisis ecológica. La principal particularidad de esa mutación histórica en la sintaxis entre naturaleza y cultura probablemente resida en el cuestionamiento mismo de la idea de mundo. La naturaleza ya no se nos aparece como una macro-entidad externa a nosotras, dispuesta ante nuestros ojos para instrumentalizarla en beneficio del progreso humano o para defender su conservación de acuerdo a los principios del ambientalismo clásico. Por el contrario, la naturaleza se revela (y se rebela) como el aspecto más problemático del sistema-mundo de la modernidad avanzada, una suerte de hiperobjeto (por decirlo en las palabras de Timothy Morton) que, a través de las consecuencias de fenómenos como el calentamiento global, amenaza la perdurabilidad futura de la civilización salida de la Revolución Industrial.

En contraste con esa constatación materialista del decurso catastrófico del industrialismo, los efectos subjetivos de la profusión de imágenes en el universo digital hacen que tendamos a concederles un carácter potencialmente infinito y desmaterializado. La tematización de la *e-image* por los estudios visuales ha alentado con frecuencia los relatos sobre el trabajo inmaterial del capitalismo post-fordista. Pese al inmenso valor de sus aportaciones, que han facilitado desplazar el análisis de las imágenes hacia un terreno más inestable (y, por tanto, más relevante desde el punto de vista social, cultural y político) que el de las versiones formalistas de la historia del arte, los estudios visuales han mostrado, en ese sentido, una cierta falta de sensibilidad ecológica. El fetichismo que los estudios visuales identificaban en la exégesis de la obra de arte como una entidad autónoma, se ha trasladado a una exaltación de las potencias de lo digital (por ejemplo, a propósito de la capacidad de las imágenes digitales para gestar nuevos vínculos políticos y comunidades de vida) que no deja de representar otra expresión fetichista. Ese fetichismo ha minusvalorado el modo en que nuestros entornos tecnológicos implican la perpetuación de las políticas extractivistas, así como sobreestimado el papel que las imágenes digitales juegan en la constitución de aquellos movimientos sociales que se oponen a la deriva suicida del capitalismo avanzado.

Otros enfoques, como los desarrollados por la geología de los medios,² han disuelto ese espejismo. Hoy sabemos que la circulación tecnológica de las imágenes y la información en la ciberesfera implica una acaparación creciente de materiales y energía. Los centros de datos condensan materialmente las relaciones de poder que sitúan en el vértice de la pirámide socioeconómica a las grandes compañías monopolísticas del capitalismo cognitivo. Silicon Valley no es la cúspide de un General Intellect arrebatado a los saberes del común, sino el nodo geográfico en torno al cual se articula la economía política y sangrienta del silicio. Reducir el abismo entre, por un lado, la crudeza materialista de los diagnósticos ecologistas sobre las consecuencias de fenómenos como el cambio climático, el pico de los combustibles fósiles, el extractivismo voraz de minerales o la pérdida creciente de biodiversidad y, por otro, la abstracción de la sensibilidad provocada por la digitalización de las relaciones sociales, es uno de los principales retos políticos y estéticos de nuestro tiempo.

Este número de *Re-visiones* explora la relación entre imagen, ecología y política desde múltiples ángulos. Considera que la historia moderna de las imágenes es también un dispositivo que ha mediado las relaciones socioambientales a través, tanto de la creación de imaginarios de la "naturaleza" cuyo carácter proteico, productivista y androcéntrico entra hoy en contradicción con los límites biofísicos de la naturaleza, como de la creación de alternativas cosmovisivas que facilitan un encaje más amable

de las comunidades humanas en los ecosistemas terrestres. Desde esa perspectiva, el número aglutina diversas voces críticas, que reconstruyen en clave ecológica la crítica visual de las relaciones modernas de poder, recurriendo a saberes y metodologías diversas, que abarcan desde las contribuciones del marxismo ecológico y los nuevos materialismos, hasta las perspectivas abiertas por las ecologías descoloniales.

Uno de los argumentos centrales que manejamos es la deconstrucción del concepto de energía que hemos heredado de la génesis de la modernidad fósil.³ El decurso de los imaginarios extractivistas de la modernidad colonial se vio resignificado por el recurso a los combustibles fósiles como modo de intensificar la explotación de la fuerza de trabajo y la acaparación de los recursos naturales. La constitución de un nuevo régimen de producción en torno al capitalismo industrial implicó un doble movimiento, por el cual se regulaba (y masculinizaba) la relación salarial en torno al trabajo remunerado (acentuando la explotación por unidad métrica de tiempo) y se expandía la expropiación de tierras y trabajo no remunerado en las colonias y los hogares. Desde esta mirada, en la génesis de la modernidad fósil se ubicarían tanto fenómenos catastróficos como el calentamiento global (como ha demostrado Andreas Malm,⁴ el carbón pasó a ser indispensable en la medida en que la jornada de trabajo de diez horas era incompatible con la intermitencia de otras fuentes de energía primaria, como las corrientes de los ríos), como la desvalorización social de las tareas productivas y de cuidados, tradicionalmente asumidas por mujeres. A lo que habría que sumar la brecha racial generada por la diferencia en su subordinación al capital entre los trabajadores industriales explotados de acuerdo a la relación salarial en las metrópolis del sistema-mundo y los trabajadores expropiados de sus medios de subsistencia en las colonias, según han planteado autoras como Nancy Fraser.⁵

Lo que los ensayos compilados cartografían es la necesidad de recomponer nuestra subjetividad ecosocial desde el análisis crítico de los imaginarios que han acompañado a ese devenir fósil de la modernidad. Ello implica asumir dos cosas. En primer lugar, que en esos imaginarios confluyen la experiencia estética (sensorial) que hacemos de la realidad y los discursos ideológicos que han atravesado el desarrollo del capitalismo, primero colonial-mercantil y posteriormente colonial-industrial (una época esta última que, al contrario de lo que proponen los teóricos del trabajo inmaterial, se prolonga hasta nuestros días). En segundo lugar, que la emergencia de esos imaginarios no siempre sucedió a la implantación de las transformaciones ecosociales que acabamos de describir de manera telegráfica, sino que con frecuencia acompañó a estas de forma decisiva, lo que los dota de un carácter plenamente instituyente (no meramente representativo).

De ambas afirmaciones se deriva una conclusión que también modula los ensayos recogidos en este número de *Re-visiones*: cualquier proyecto de transición ecosocial que implique la desconexión respecto al industrialismo fósil (algo que se debe plantear en el inmediato futuro como una necesidad de supervivencia, incluso en términos de especie, antes que como una sumatoria de preferencias individuales) debe asumir la tarea cultural imperativa y titánica tanto de rescatar aquellos imaginarios cosmológicos que han quedado ocluidos por el desarrollo de la modernidad colonial; como de crear una nueva imaginación política compartida en torno a nuestras relaciones sociometabólicas con los ecosistemas, que ha de poseer un potencial hegemónico (que pueda tornarse, por tanto, mayoritaria) y que ha de pasar irremediamente por la politización radical de los malestares psíquicos y las desigualdades materiales que atraviesan a las sociedades del capitalismo neoliberal.

Por ello, dos elementos nucleares de este trabajo editorial han sido, por un lado, como nos plantea Arturo Escobar en su ensayo *Sentipensar con la tierra*, tratar de tender puentes transatlánticos que nos ayuden a reconocer las formas renovadas de despojo y de violencia ecosocial descarnadas en América Latina, al tiempo que aprendemos recíprocamente procesos de traducción intercultural que nos permitan tejer tramas colectivas entre sures, y entre sures y nortes con los que expandir la posibilidad de impugnación política, para entender qué significa poner la sostenibilidad de la vida en el centro en distintos ámbitos geo-corpo-políticos. Por otro, dado el modo de ser/estar de la revista, ha sido de vital importancia la contribución de ensayos visuales que nos ayuden a imaginar esas respuestas políticas capaces de enfrentar las fuertes disputas de sentido que caracterizan las guerras culturales contemporáneas, más aún en los tiempos de pandemia y encierro que vivimos.

Nuestra intención ha sido hacer de este número un lugar, un hábitat propicio que nos provea de los medios necesarios para salir del panteón canónico con el que a menudo se asocia el saber universitario. De tal forma que hemos utilizado distintas maniobras visuales, es decir, de oralidad y escucha, de escritura e imagen, de lo palpable o lo figurado, para imaginar lo invisible a través de lo vivible, y al revés. Ahora bien, siempre con una mirada incisiva que se transluce en la narración de situaciones concretas vívidas y vividas, procedentes de saberes locales, proyectos intelectuales independientes o no, academia y activismo en las calles, en los parques y en los campos, que estudian las relaciones sionaturales actuales, basadas en los puntales más agudos de las luchas por garantizar la reproducción material y simbólica de una vida digna para todas. De aquí surge nuestro empeño por entender, registrar, respaldar y tomar parte en todas ellas; también en sus anfibologías y paradojas.

Por eso, aunque exponamos una lectura editorial aparentemente ordenada de manera jerárquica, la idea es generar una *movida* entre el hacer, el pensar y el sentir, para que sean leídas de manera circular y transversal, las unas a través de las otras. Escuchar las imágenes que resuenan en el Focus, titulado *Calipso-Colapso-Fósil* y compuesto por los ensayos visuales *Un paisaje fósil, excavación cartográfica afectiva de la descarbonización astur*, de Bárbara Fluxà, *Apocalypse-Calipso* del colectivo O.R.G.I.A, y *El recorrido de una aventura gráfica*, de Vanessa Cárdenas Roa. Estos ensayos nos trasiegan por tres aventuras visuales entre la cuenca minera asturiana, el Mediterráneo y la Amazonia ecuatoriana, que retumban por todo el número, tanto por su carácter movilizador como por la defensa que realizan del lugar, la cual implica resistencia, pero también una política transformadora del mismo.

El propósito de incitar a una lectura circular entona con la entrevista realizada a Yayo Herrero, cuando a partir de una de las imágenes de Vanessa Cárdenas que le proponíamos, nos decía: "(...) los marcos de la representación de la propia biología, para explicar una cosa que está inherentemente interconectada y es cíclica, no recurren a la circularidad, sino a la pirámide, a la jerarquía (...) ya no es sólo en el marco de la representación artística, sino en un libro de texto, en el que tú explicas las cadenas tróficas, trabajarlo desde la circularidad te va llevando la cabeza a otro sitio completamente distinto."

Saliéndonos de las pirámides de la academia convencional y adentrándonos en las circularidades reversibles interpretativas, posiblemente caóticas para la linealidad espacial y temporal en la que hemos sido instruidas, exponemos de manera sintética los artículos/ensayos en que se descompone este número. Así, las historias aquí narradas, exploradas en entornos muy diversos, van más allá de la mera especulación teórica y se ensamblan con prácticas y experiencias que, aunque diferentes y variopintas, flirtean entre ellas para impulsar procesos de descolonización y resistencia ecosocial.

De este modo podríamos visualizar los escenarios situados en México y Colombia, que denuncian Oswaldo Ruiz y Ariadna Ramonetti en *Todo lo sólido (se desvanece en el aire)*, o Gabriela de Castro en *El "fin" de la Tierra Caliente*, los cuales nos hablan de una memoria larga y de una memoria corta de territorios y vidas colapsadas por el despojo y extractivismo colonial y la colonialidad; junto a la reflexión sobre el imaginario cinematográfico de diferentes futuros distópicos situados en Europa y Estados Unidos, que analiza Paula Bruna Pérez, desde Barcelona, en su ensayo *Ecoficciones*. Estas problemáticas nos llevan a pensar en la necesidad que postula Emilio Santiago Muíño, en *Surrealismo, situacionistas, ciudad y gran aceleración*, de una psicogeografía del siglo

XXI que asuma como punto de partida la consumación de la ciudad neoliberal y la crisis ecológica de la civilización industrial.

También se nos ocurre hacer partícipe de este conversatorio a *Bienes comunes, cosmopolítica y estéticas de la sostenibilidad*, de Bernardo Gutiérrez, donde se examina la defensa de esos bienes comunes mediante las movilizaciones que construyeron un ecosistema social de resistencia que, a partir de 2013, tuvo su principal campo de acción en distintos espacios verdes urbanos y naturales de Brasil y Turquía. A este ciclo de vueltas y revueltas se une la activista ambientalista colombiana Tatiana Roa Avendaño, con *Época de resistencias al extractivismo*. La autora narra resistencias llevadas a cabo por comunidades indígenas, afrodescendientes y campesinas frente a los proyectos mineros y petroleros que asolan sus tierras. Prácticas de re-existencia que contrastan con la obra *For Forest* de Klaus Littmann, que Miguel Errazu y Alejandro Pedregal confrontan críticamente, en *For Forest, o el bosque que no deja ver el árbol*, entre otras cuestiones, por su carácter instrumental a las posiciones político-económicas hegemónicas que le dan forma.

La aproximación materialista de Errazu y Pedregal se traba con las preguntas que, en torno al campo de las humanidades energéticas, formula Jeff Diamanti, quien atiende a las urgencias y retos que para la crítica cultural deparan acontecimientos críticos como el calentamiento global. Dentro del campo de los *energy studies* también se sitúa el trabajo de Cara Daggett, *Cuando pusimos el mundo a trabajar*, quien realiza una genealogía desde la ciencia de la termodinámica del siglo XIX para desafiar la lógica subyacente que influye en los usos de la energía en la actualidad.

Igualmente, podríamos complementar estos relatos a la luz de *Producir lo común: entramados comunitarios y formas de lo político*, de Raquel Gutiérrez Aguilar, que realiza una cartografía de los trabajos y líneas abiertas durante años en el Seminario Permanente del Posgrado en Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de Puebla, acerca de las heterogéneas formas comunitarias de lo común, de regeneración de vínculos y pensamientos que se cultivan en el continente latinoamericano. En este bastidor también podrían tejerse los saberes mágico-animistas que reivindica desde una mirada materialista Claudia Rodríguez Ponga, en *Creen ustedes en lo que existe*, conceptualizada en las prácticas de diferentes mujeres artistas.

Finalmente, brotan en nuestras cabezas otras circulaciones, en parentesco con *Los cuerpos inclinados que imaginan*, de Ixiar Rozas Elizalde, quien rastrea la trayectoria del coreógrafo Steve Paxton en relación con aspectos concretos del pensamiento de Adriana Cavarero y Donna Haraway, para

poner de relieve el cuerpo humano a través del caminar, del estudio de la gravedad y la realización de compost orgánico.

Para cerrar el ciclo, nos detenemos en los ensayos de Sergio Martínez Luna y Luis San Gregorio. El primero de ellos explora en *Ecología de la imagen digital*, a partir del concepto de intra-acción de Karen Barad, las continuidades entre individuos, artefactos, materiales y entornos, cuestionando los discursos de la representación como reflejo, y piensa la relación del ser humano con las imágenes como una forma de interactividad. Finalmente, *La imagen-energía* de Luis San Gregorio se presenta como una nueva forma de concebir la imagen digital y sus implicaciones en los ecosistemas, en lugar de tematizarla como un elemento incorpóreo que no tiene consecuencias materiales concretas en el medioambiente.

Este número de *Re-visiones* se plantea, por tanto, como una invitación a seguir indagando en la ecología política de las imágenes. A profundizar en una amplia gama de enfoques que abarcan desde su materialidad física a las consecuencias epistémicas, culturales, políticas y económicas de sus usos en los ecosistemas socioambientales del capitalismo avanzado. Y lo hace con un sentido de urgencia, que vislumbra que el instante del peligro no ha dejado de ensancharse hasta confundirse con el conjunto de la historia. Vivimos tiempos en los que el estado de emergencia, más que hacerse permanente, se ha cronificado. Nos queda la tarea política de habitar con afecto y dignidad la cronificación de la crisis ecosocial y sus consecuencias. Debemos enfrentar esa realidad con determinación —quizás, también, con una modesta alegría de (sobre)vivir—. Como sugiriera Walter Benjamin, hemos de imaginar nuestro propio estado de emergencia para hacer frente a la emergencia ecosocial. Es hora de que la teoría artística y cultural se haga cargo, verdaderamente en serio, de ese diagnóstico, y acepte que la reinención micropolítica de la vida cotidiana o la reconexión espiritual con la naturaleza solo pueden coincidir con la revolución social.

Notas

¹ Para una visión general que historiza el concepto de ecología, de dónde viene y qué plantea, a través de la teoría y la práctica artística y curatorial, así como la evolución de las diferentes perspectivas y posturas que artistas y colectivos han ido adoptando durante los últimos cuarenta años, se puede consultar, Belén Romero, 'Prácticas artísticas ecológicas. Un estado de la cuestión', *Arte y políticas de la identidad*, Vol. 10-11, 2014, pp. 11-34. Disponible en línea: <https://revistas.um.es/reapi/article/view/219151> (fecha de consulta: 04/12/2020).

² Jussi Parikka, *A Geology of Media* (Mineápolis, Londres: University of Minnesota Press, 2015).

³ Jaime Vindel, *Estética fósil. Imágenes de la energía y estética ecosocial*, (Barcelona: Arcadia, 2020).

⁴ Andreas Malm, *Capital Fósil*, (Madrid, Barcelona: Capitán Swing, 2020).

⁵ Nancy Fraser, *Los talleres ocultos del capital. Un mapa para la izquierda* (Madrid: Traficantes de Sueños, 2020).